

Madre e hijo en Gante

RAFAEL RABADÁN ANTA

El lunes 30 de abril de 2007. Castillo de los Condes de Gante, en Flandes. Junto a mi mujer y cuatro amigos recorro las diversas estancias del imponente recinto cuando, al pararme frente a una vitrina que muestra arcos y ballesas, escucho a mi espalda una voz femenina cálida y enérgica a la vez, hablando a alguien en un tono firme pero pausado, explicando sin duda alguno de los numerosos tesoros y vestigios de este castillo-museo. La curiosidad me vence, y al volverme descubro a pocos pasos de mí a un niño con los ojos muy abiertos, cuyos brazos y piernas se estiran en forma de aspa, apoyado apenas sobre sus talones, y sostenido por una mujer que desde atrás cruza sus brazos por debajo de las axilas del muchacho, aferrándolo por el pecho. Lamento no poder evitar la indiscreción de fijarme unos segundos más en el chico: en la parte inferior de sus piernas hay prótesis de hierro; mueve sus brazos muy poco y con evidente descoordinación, manifestando atetosis en sus cuatro extremidades. Creo que sufre alguna forma de paraplejía o tetraplejía. Además tiene dificultades para mantener la cabeza erguida y fijar la mirada, lo que me hace pensar en algún tipo de parálisis cerebral. Es un niño de 8 a 10 años, guapo, de pelo castaño claro y ojos oscuros con llamativos



JOSÉ IBARROLA

mulo que no pueda resultar interesante para su hijo, con quien forma un grupo escultórico peculiar, moviéndose ambos con perfecta integración, casi con naturalidad; al hacerlo no transmiten sensaciones de incomodidad ni de fatiga. Me adelantan y al rato desaparecen por alguno de los pasadizos a estancias contiguas.

Poco después vuelvo a encontrármelos en la sala donde se muestran y escenifican instrumentos de tortura aplicados hace siglos. La madre señala a uno de los maniqués bajo tormento mientras con marcadas inflexiones de voz describe, me imagino, las penas que aquellos desdichados sufrían; el chico abre los ojos con asombro, y parece susurrar algo. Me demoro aquí, sin advertir cuándo salen ellos. Al rato coincidimos frente a un torreón, en el momento en que la mujer carga con el chico entre los brazos y se dispone a descender así la larga escalinata. Bajo detrás de ellos, y a los pocos escalones ofrezco a la madre mi ayuda, en inglés. Ella sigue adelante, como si no me hubiese oído, con seguridad, con determinación. Mi mujer se ha cruzado con ellos y me comenta su admiración. Cuando vamos a abandonar el castillo, veo a la madre en el patio dando cariñosamente de comer al niño, acariciándole, hablándole. Los dos solos, como antes. Y en esa mujer descubro, emocionado, todo el profundo e inmenso significado de una palabra: Madre.

Rafael Rabadán Anta es profesor de la Universidad de Murcia.



párpados.

Sigo ante la misma vitrina cuando la pareja llega a mi lado. Intento simular interés hacia los objetos expuestos ante mí, pero no puedo evitar atender, siquiera escuchando, a quienes parecen ser madre e hijo. La voz de ella transmite una gran confianza, como la de una experta locutora o una guía de museo que sabe bien en qué tono y con qué palabras debe contar algo. Creo que habla flamenco u holandés, por esas vocales largas y el timbre ligeramente gutural que caracteriza a tales lenguas. Al acercarse al cristal reba-

san mi posición, y entonces puedo fijarme en los rasgos de la mujer: estatura media, pelo castaño anudado en una coleta, con bucles sueltos sobre la frente y algunas rastas, cara algo pecosa, ojos oscuros, boca prominente, sin maquillaje en apariencia. No es guapa pero resulta atractiva. Su cuerpo es esbelto aunque a la vez robusto, amazónico, como el de muchas atletas y nadadoras; parece modelado para resistir cargas. Viste de forma un tanto descuidada, cómoda, sin presunción. Lo que más me impresiona de ella es que parece ajena a cualquier estí-

Hambruna global

CARLOS TAIBO

En las últimas semanas son varias las instancias internacionales que lo han anunciado: debemos prepararnos para una hambruna generalizada que se apresta a cobrar cuerpo en muchos de los países del Sur. No estamos hablando –conviene precisar– de ocasionales revueltas del hambre como las que hemos conocido en un puñado de países en los dos últimos decenios. Lo que se barrunta en el horizonte es un peligro muy serio que se dispone a amenazar a sociedades enteras en muy diversas regiones del globo.

A decir verdad, y por una vez, escarbar en las causas de lo que se nos viene encima parece razonablemente fácil. La lógica depredadora del capitalismo reclamó decenios atrás que muchas de las economías de los países del Tercer Mundo experimentasen una rápida reconversión en provecho del monocultivo, de la que el último botón de muestra es el empleo de buena parte de las capacidades para la generación de agrocarburos. De resultas, y aunque esto a menudo se olvide, las tradicionales agriculturas de subsistencia empezaron a desaparecer, siempre sobre la base de que los productos que habían generado de siempre podrían adquirirse merced a los ingresos, que se

anunciaban succulentos, derivados del monocultivo mencionado. Sabido es que, si esos ingresos han beneficiado a alguien –dejemos ahora de lado a las empresas foráneas–, ese alguien lo han configurado las élites dirigentes de los países pobres, casi siempre endilgadas con la perspectiva de trasladar sus ganancias hacia las economías opulentas del Norte. Basta con echar una ojeada, en lo que se refiere al problema de fondo, a los estudios que dan cuenta de cuál es el porcentaje, exiguo, del precio de venta de un kilo de café que corresponde al campesino productor.

En un planeta en el que lo rige casi todo el beneficio descarnado, que debe obtenerse, por añadidura, en el periodo de tiempo más breve, no era difícil augurar lo que se avecinaba, tanto cuanto que a la lógica invocada se han sumado el incremento en el precio de las materias primas energéticas y la demanda creciente que llega de países como China e India. En los últi-

«Son muchos los habitantes del Sur del Planeta que carecen de recursos para adquirir los alimentos más elementales»

«Y en esa mujer descubro, emocionado, todo el profundo e inmenso significado de una palabra: Madre»

Cartas al director

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 15 líneas mecanografiadas. Estarán firmados y se adjuntará fotocopia del D.N.I., nombre y apellidos del autor, domicilio y número de teléfono. La Dirección del periódico se reserva el derecho de publicar los textos recibidos, así como de extraerlos en el caso de que sean excesivamente largos. Dado el volumen de originales que se reciben, no se mantendrá correspondencia ni contacto telefónico con los autores. También pueden enviarse por correo electrónico a la dirección: cartasdirector@laverdad.es en cuyo caso debe especificarse un teléfono de contacto y el número del carné de identidad del comunicante.

Yugo y flechas en el puerto de la Cadena

Al presidente de la Comunidad Autónoma de Murcia:

El motivo de esta carta es el hecho de la existencia de la estatua sita en el Puerto de la Cadena, que representa y simboliza el yugo y las flechas y hace referencia a los vencedores de aquella guerra civil.

Yo, como ciudadano de a pie, pienso que este símbolo debería estar mejor depositado en un

museo, donde se explique a las nuevas generaciones lo que esta estatua representa.

Permítame que le diga, que usted como demócrata no se debe sentir cómodo cuando vaya periódicamente al parlamento de Cartagena, y vea dicha estatua. Por lo anterior, y como se han hecho con otras similares en toda España, pido que sea depositada en un museo. Creo que los 68 años que lleva puesta son suficientes.

Antonio Sánchez Fernández
MURCIA

Alumnos, como en una cárcel

Presos de una cárcel es sin duda lo que muchos alumnos de centros públicos parecen: tienen terminantemente prohibido salir del centro a no ser que tengan cumplidos los 18 años o posean un escrito previo de sus padres (firmado, claro está).

Se limitan a sustituir las vallas por muros, sólo para que los alumnos no salgan del centro a través de estas, cosa que veo muy bien, sobre todo para aquellos que no cursan un bachiller (enseñanza no obligatoria).

Bachiller es una enseñanza no obligatoria, pero a pesar de cursarlo, tampoco se les deja salir. Al igual que son lo suficiente mayores para decidir qué será de sus respectivos futuros,

también creo que son lo suficientemente conscientes para saber que si salen al exterior del centro (ya sea para almorzar o realizar otras gestiones), en horario lectivo deberán regresar, y si no lo hacen es su problema. Ellos son los que han decidido seguir estudiando después de una enseñanza obligatoria, y son los que se benefician o totalmente al contrario, se perjudican. La gente tiende a hacer justo lo que se le prohíbe. Tenemos inercia tanto de hacer lo que los demás hacen como lo que no.

Limitémonos a acatar ciertas normas, pero suprimamos las absurdas; si son mayores para decidir sobre algo tan importante, son mayores para el resto de cosas.

Eulalia Rosique Cegarra
LAS PALAS (FUENTE ALAMO)

A la cola de ayudas familiares

La ayuda de 2.500 euros no logra sacar del último escalafón europeo de ayudas familiares a nuestra nación.

En Francia, una familia con tres hijos recibe 307 euros mensuales, sin límites de ingresos. Para recibir igual cantidad, un matrimonio español debería tener 16 descendientes.

Las políticas familiares de apoyo son casi inexistentes. Seguimos con rumbo imparable entre las naciones más viejas del planeta, con cuatro millones menos de jóvenes que hace tres décadas y más mayores de 65 años que niños menores de 14. Y el Gobierno de España no se entera.

Carlos Chacón Pérez
SAN JAVIER